

rar la vergüenza de semejante paralelo; pero la verdad es que cuánto más le comparo, más le admiro, y que cuánto más le rebajo en mis hipótesis, tanto más le ensalzo en mis adoraciones.

CAPITULO III.

JESUCRISTO Y LOS DEMÁS FUNDADORES DE RELIGION.

Fijándonos, abstraccion hecha del cristianismo, en el único establecimiento religioso que, en razon de su importancia numérica y territorial, se nos opone al presente, hemos probado que el bouddhismo no posee criterio alguno de la verdadera religion, por lo mismo que carece completamente de todo sello de verdadero sobrenatural. Los cultos del extremo Oriente no pueden, en efecto, hacer, ostentacion de los tres milagros del orden fisico, del orden intelectual y del orden moral que constituyen la marca divina impuesta á la verdadera revelacion. No insistiremos, pues, en este paralelo, por temor de dar una extension inútil, á lo que no debe revestir

otra forma que la de una instruccion necesaria. Prosigamos, sin embargo, e-ete curso que con razon podríamos llamar de religiones comparadas, y puesto que las hemos ya considerado desde el punto de vista de sus garantías intrínsecas, fijémoslas ahora en las personas de sus fundadores. Sentemos, desde luego, que habremos alcanzado no poco en favor del cristianismo, demostrando la falsedad de la siguiente máxima admitida por muchos como moneda corriente: «La verdadera «religion es para cada uno aquella que ama; la «religion siempre es verdadera en la creencia del «pueblo (1),» y deduciendo de ella que existe realmente una religion verdadera en sí misma. Pero el cristianismo, que es de una verdad incomparable, ¿es realmente de origen divino? Séamos más explicitos aún, pues conviene. No cabe dudar que una religion en virtud de la cual Dios obra milagros, es divina en sus pruebas: que una religion de que es Dios el fundador, es divina en su origen. Pues bien, ¿es este un rasgo característico de la nuestra? Véase ahora en qué términos se propone la cuestion.

(1) Benani

Unos cuatro mil años despues de la creacion del mundo, mil trescientos despues de la uncion de David, y seiscientos pasados de la cautividad de Babilonia, reinando en Roma el primer César, y el primer Heródes en Judea, en el siglo más esclarecido de cuantos componen la historia antigua, en una insignificante aldea de Judá, nació un Niño que, andando los tiempos, debía ser el hombre más grande del universo. Yacía sobre un puñado de pajas, y voces celestiales se cernian en derredor de su humilde cuna: moraba en un establo, y las estrellas servian de guías á los magos del Oriente que corrian á adorarle: dejaba oír su voz, y las ciudades enteras, arrastradas por la magia de su palabra omnipotente, le seguian al desierto: muere, y los astros se eclipsan en señal de duelo: es sepultado, y pasados tres dias sale de su tumba. Prodigio único de debilidad y grandeza, que ha logrado producir en el mundo una sensacion tan profunda que aún pueden apreciarse los estremecimientos. Y esto es cierto: el mundo se halla tan impregnado de semejante recuerdo, que lo mezcla á todos los demás; y cuando se le pregunta en qué tiempo ha tenido lugar el nacimiento ó la caída de los imperios, suele contestar: Tantos años despues del dia en que tuvo lugar el adveni-

miento de Jesucristo. De manera, que el tránsito de ese mortal incomparable, es en la historia un punto culminante en el cual convergen los dos Testamentos, y una especie de sol al rededor del cual gravitan todos los acontecimientos, y al propio tiempo un signo de contradicción delante del cual ó se apasiona el hombre hasta la adoración ó se exalta hasta el odio; de tal manera, que transcurridos diez y ocho siglos, los hombres mueren diciendo: Jesucristo es Dios, al paso que otros matan diciendo, Jesucristo no es Dios.

Ahora bien: ¿a qué debemos atenernos? ¿Jesucristo es Dios ó no lo es? Cuestión formidable, puesto que va á echar en el platillo de nuestra balanza la personalidad más augusta que en tiempo alguno haya pisado la tierra; cuestión decisiva, sobre todo, porque si Jesucristo es Dios, son muy pocos los enigmas teológicos que pueden quedar, y si no lo es, todo se abisma en esta negación, hasta la noción misma de la Providencia, resultando juguete de la más infame superchería los sucesos, los hombres y las instituciones que se han sucedido en el transcurso de diez y ocho siglos.

Nuestra época, en sus ataques contra Jesucristo, se fija en los dos términos del misterio

de la encarnación: es decir, en la naturaleza divina y en la naturaleza humana. Por un lado le niega la divinidad, por el otro la gloria de una humanidad sin igual. Los unos niegan á Dios, procurando reducirlo á las proporciones del hombre; los otros empequeñecen al hombre insinuando que han existido otros hombres tan grandes como él. Los primeros han confesado paladinamente que las pruebas aducidas para establecer la divinidad de Jesucristo, podrían emplearse con el mismo éxito en provecho de Bouddha y de Mahoma: los otros se han dado por satisfechos, exagerando las cualidades de Mahoma y de Bouddha, guiados por el propósito de colocar á estos en lugar tan elevado, que entre su elevación y la de Jesús, no quedará más distancia que la de una mera preocupación. De esto resulta que el Dios-Hombre se halla doblemente ultrajado por la sofística contemporánea, con la circunstancia de que el ultraje reviste á veces los honores del panegírico, puesto que ha inventado el expediente de alabarle, para dispensarse del deber de prestarle el tributo de su adoración, haciendo del elogio *la más repugnante forma de la blasfemia*. (1).

[1] Montalembert,
TOMO I.

¡Quién pudiera ahogar, por medio de un solo grito de la razon, todas las discordancias de la incredulidad respecto de este punto, y condensar en reducidísimo número de páginas, sólidamente afirmativas, la contestacion á todos los libelos y á todas las novelas que la negacion ha producido! Para alcanzar semejante resultado, nada más seguro, que someter á Jesucristo á una prueba, que de cierto no resistiría hombre alguno en el mundo; es decir, establecer un paralelo entre El y Dios. ¿Qué es Dios? El lector lo ha dicho antes que yo. Lo infinito en duracion, sabiduría, en poder, en santidad, en amor y en esencia. Si ahora se me pregunta. ¿Qué es Jesucristo? Contestaré que es lo infinito ó lo sobrehumano en su duracion, en su sabiduría, en su poder, en sus viatudes, en su amor, en su constitucion. Exposicion victoriosa, de la cual resultará evidentemente la siguiente consecuencia: luego, Jesucristo es Dios, puesto que reviste sus atributos, y es el único hombre que sea Dios, puesto que no ha existido otro que los haya revestido.

I.

Cuando la teología católica estable su primer fundamento suele expresarse en los siguientes terminos, por todo extremo solemnes: «De Dios y de sus atributos.» Pues bien, para poder apreciar debidamente si Dios y el gran fundador en que nos estamos ocupando constituyen dos equivalentes, apliquemos al segundo la medida del primero, y tratemos de Jesucristo y de sus atributos. El rasgo característico y constitutivo de los atributos de Jesucristo es lo infinito, puesto que son muchos los aspectos bajo los cuales puede ser considerado, que ofrecen al pensamiento esa inmensidad cuyos limites y cuya extension escapan siempre y se hallan siempre fuera del alcance del espíritu humano. Resulta, de aquí, que puestos en el caso de hablar de ellos, se experimenta al par una felicidad y una verdadera desesperacion; la felicidad de poder decir algo; la desesperacion de no poder decir todo cuanto seria menester. Por esto se ha dicho: Jesucristo

es el único mortal cuyo elogio no puede pecar de exagerado. Por esto, à la manera que el más sublime de sus historiadores; despues de haberlo pintado con toda la fidelidad de la inspiracion y del amor, abandona la pluma desconcertado, diciendo: *Muchas otras cosas hay que hizo Jesus; que si se escribieran una por una, me parece que no cabrian en el mundo los libros que se habrian de escribir* (1) nosotros que le estudiamos despues de haberlo dicho todo de Jesus, nos veremos obligados à completarnos, confesando que nada hemos dicho todavia.

Entrando pues en materia, ¿puede darse más notable diferencia que la existente entre Dios y el hombre desde el punto de vista de su duracion? El rasgo característico de la duracion del hombre consiste en ser solo presente: el rasgo robrehumano de la duracion de Jesus estriba en ser ahora como era en el principio y será en los siglos de los siglos: *Christus heri, hodie et in secula*. El hombre colocado entre un ayer en el cual no existia, y un mañana en el cual habrá acabado de existir, ocupa solo un punto en la série de los tiempos: solo el Hombre-Dios ha

(1) S. Juan, 21-26.

preexistido en todo lo pasado, y sobrevivirá en todo lo porvenir, de manera que para él jamás ha existido ni existirá ayer ni mañana; siempre es y siempre será hoy.

Jesucristo posee esta inmensidad retrospectiva en el seno de la duracion, que consiste en una existencia tan antigua como el mundo. Nadie como él ha vivido sobre la tierra cuatro mil años ántes de aparecer en ella. Sólo él ha sido objeto de una esperanza universal y nadie como él en virtud de un amor que existia ya en los corazones, aun ántes de que se le viera en la cuna, ha merecido el nombre de el *Descado de las naciones*. La idea mesiánica, atraviesa de un cabo à otro toda la antigua alianza, sin eclipsarse un instante siquiera à las miradas de Israel. Y esta vida anticipada de Jesus es tan cierta, que mucho antes de su advenimiento à la tierra, se conocian los rasgos de su fisonomia; se le saludaba; se imploraba su misericordia, y concedia la salvacion mediante la virtud unida à la esperanza de su reinado. El mundo antiguo se halla poblado de oráculos que le preceden, como otros tantos heraldos, encargados de anunciarlo. El pueblo escogido tiende continuamente los brazos, hácia esa aparicion consoladora exclamando: *Tú eres, oh Señor, mi valedor y protector.*—

No tardes Dios mio (1). Los mismos pueblos paganos, cansados de las falsedades y de las vacilaciones, preguntaban á sus guías: ¿Hasta cuándo han de durar las tinieblas de la espera? A cuya pregunta se contestaba: Hasta tanto que haya parido una virgen: *donec virgo pariat*. En fin, el presentimiento universal respecto del reparador futuro, hallábase de tal suerte apoderado de los espíritus que en el momento en que tuvo lugar la aparición de Jesús en Judea, se improvisaron una porción de mesías en diferentes puntos, y Dositeo, Menandro, Barchochebas, Simón, Apoloni de Tiana y otra porción de magos y de charlatanes, debieron el éxito que lograron alcanzar, á la circunstancia de haberse apoderado, en provecho propio, de la convicción generalmente extendida, de que el Justo estaba próximo á ver la luz poniendo término á la era provisional, y de que el mundo se preparaba para tener un nuevo Rey.

Y téngase en cuenta que era imposible padecer equivocación alguna respecto del particular, porque los enviados ántes que él para anunciarlo y predecirlo, lo habían hecho en términos tan

(1) Salmo 99-16.

claros que era absolutamente imposible confundirlo con otro. Jacob y Daniel habían precisado el momento de su llegada; Micheas, llama al lugar de su nacimiento, Bethlehem Ephrata; Isaías refiere anticipadamente los milagros que ha de obrar; Zacarías le pinta en su dolorosa pasión: David le ve y le canta en su resurrección gloriosa; en una palabra, las profecías constituyen un cuadro tan perfecto y acabado del destino de Jesucristo, que las coincidencias entre el anuncio y la historia, han bastado para que el mundo se convirtiera el día después del Calvario, es decir, cuando Jesucristo en su vida futura en la tierra, era aún desconocido, y cuando en su vida presente era todavía objeto de discusión.

¿Donde están los demás fundadores de religión que puedan hacer ostentación de un testimonio semejante? Que vengan y que nos digan cuales fueron los símbolos, las tradiciones, los personajes predinados para abrirles paso? Solo Jesucristo ántes de su existencia real ha preexistido en la fe del universo, como en una especie de claustro materno, dentro del cual se le sentía estremecerse cada vez que tenía lugar algun grave acontecimiento. Cierto que su encarnación tuvo lugar con posterioridad al año 4,000; pero su aparición sobre los horizontes de

la historia coincidió con el primer día del universo, de manera que al tiempo de su llegada á la tierra, según la grandiosa figura de un doctor, encontró cuarenta siglos prostrados de hinojos al rededor de su cuna.

Y ¡prodigio no ménos extraordinario! Este hombre que antes de su nacimiento disfrutó tan larga existencia, disfruta otra no ménos sorprendente despues de su muerte. Vive en efecto en su Iglesia, que es una continuacion de su persona á través de los siglos, y vive como mortal alguno subsiste en sus obras. La prueba de ello la tenemos en las pasiones opuestas que excita, porque los muertos apenas inspiran amor ni odio, y sobre sus tumbas enfiadas por el tiempo no tarda en sentarse la justicia. Mas por lo que toca á Jesus, dado que hubiese sido rey de Egipto no habria llegado aun el día de poder ser juzgado por el tribunal de los muertos, porque en realidad el porvenir no ha comenzado aun para él, y las muchedumbres se apasionan en favor ó en contra como en los primeros días de su reinado. Los dioses del extremo Oriente sepultados en el seno de sus pagodas, solo salen de ellas para turbar el reposo del mundo: en cambio no existe un solo rincón en la tierra en que se hable con indiferencia de nuestro Dios hecho hom-

bre. O se le adora, ó se le odia: ó se le ve colocado sobre los altares ó proscrito de ellos. En los retorios de la Conchinchina, se grita: *Sea crucificado* (1) y desde las afortunadas playas de la Europa cristiana, se embarcan los misioneros en el primer buque que á tales regiones endereza su rumbo, diciendo: Bien, *vamos tambien nosotros y muramos con él* (2). De manera que hasta aquellos mismos que no quieren conceder á su vida inmortal el homenaje de un acto de fé, la reconocen por la inexplicable repulsion que les causa.

Vive, pues, toda vez que enjendra apasionamientos y vive, toda vez que no le destruye la disolucion. La señal más positiva de la muerte es la descomposicion: nada atestigua mejor el desfallecimiento de todo Lázaro que el hedor de su tumba infecta. ¿Podria la dominacion de Jesucristo escapar á tal ley? Hasta en la prosperidad excesiva existe una fuerza disolvente. Los triunfos continuados proporcionan á los imperios una especie de plenitud pletórica que determina la apoplejía en el poder y lo precipita hácia su decadencia. Pues, bien, apesar de tales obstáculos

(1) San Mateo, 27, 23.

(2) S. Juan, 11, .

la Iglesia permanece en pié, triunfante en sus victorias, como en sus reveses, y su fortuna goza en la tierra la inmortalidad de las cosas que no son de este mundo.

Resulta pues que Jesucristo está vivo; puesto que no participa de la disolucion, pero más aun porque se mueve y porque crece: Contémpense las religiones no crististianas, y se verá que no sólo despiden la fetidez del cadáver corrupto sino que además ofrecen su perfecta inmovilidad. Y es que el movimiento y el crecimiento constituyen las señales mas ciertas de la vida, y que esos cultos, al modo de las mómias orientales, pueden muy bien conservar en medio de la muerte las apariencias de la vida, pero no fingir su movimiento. Y si no dígase si puede darse *statu quo* más verdaderamente sepulcral que el destino de Boudtha y de Mahoma. Y en cambio, casi todo el terreno perdido por estos ha sido conquistado por Jesucristo! Miradle: hállese en todos los puntos del espacio, y en todas las etapas del tiempo. El mismo Mahoma lo tiene por un gran profeta de Dios: Lutero y Phocio se arrodillan ante sus altares: hasta los filósofos que no le adoran, procuran asimilarse algo de su sávia, insinuándola en sus mismas negaciones,

Si, Jesucristo es quien avanza en esos apostolados innumerables que se cruzan en todas direcciones sobre la superficie de ambos hemisferios, y dobla los cabos mas lejanos con la celeridad del viento, y al paso que con la una mano toca à las regiones del Polo Norte, alcanza con la otra los últimos confines de la Austrália. Ni la barrera de las ideas, ni la de las costumbres, ni la de las nacionalidades, ni la de las religiones enemigas pueden detener su marcha progresiva. Y en tanto que esas religiones no pueden realizar conquista alguna en sus dominios, él las realiza constantemente en los contrarios. A lo léjos, desde lo alto de la gran muralla, aguarda con fundadísimas esperanzas à los pueblos de Oriente, en el instante en que renazca su civilizacion. En Europa, si el mundo, à consecuencia del impulso de corrientes ignoradas, se convierte de nuevo al paganismo, puede decirse que en cambio, gracias à la existencia de muchas otras, marcha decididamente hacia Jesucristo. Si, apesar de todos los antagonistas, Jesucristo conserva el universo por territorio, y lo más selecto del linaje humano por poblacion. No tenemos pues porque dejarnos imponer por un puñado de blasfemos de Francia y de Alemania, que hacen la contra à ese sufragio inconmensurable, y si

bien es verdad que, en determinadas circunstancias, su voz á todas sobrepuja, mejor aún, solo la suya se puede distinguir, proviene esto, no de que sean más en número, sino de que mete más ruido un centenar de individuos que hablan, que trescientos millones que no quieren tomarse el trabajo de desplegar los labios.

Y todavía hace subir de punto el prodigio de la vida perpétua de Jesús, la circunstancia, dignísima por cierto de ser tomada en consideración, de que al paso que todas las religiones falsas, cual plantas trepadoras, han menester para sostenerse el auxilio del poder temporal, del cual se han hecho esclavas, la de Jesucristo no solo no necesita de semejante apoyo, sino que ha sido poderosa á establecer por sí sola un imperio esencialmente espiritual, que sostiene sin contar para nada con los reyes, y muchas veces á pesar de los mismos. Si le ofrecen su brazo á título de respetuoso apoyo, acéptalo agradecida: si se lo niegan, no se preocupa por ello poco ni mucho: si contra ella se revuelven, pára los golpes, siguiendo impávida su camino, pues ello es que no existe potentado alguno cuya vida y cuyo trono tengan más condiciones de vida que Jesucristo.

Su vida constituye uno de los fenómenos más indelebles é indestructibles. Para anonadar la memoria de los inmortales que viven á nuestro lado, bastaría con derribar algunas estatuas y reducir á cenizas unas cuantas docenas de volúmenes; pero el espíritu de Jesucristo está de tal modo encarnado en todas las manifestaciones que constituyen la civilización moderna, que si se extirpaban las creencias viviría en las costumbres; si se le arrojaba de los templos, permanecería en nuestra historia, reinaría en nuestras hábitos; palpitaría en nuestras virtudes: respiraría en nuestra legislación: está en nosotros y fuera de nosotros; forma parte de la atmósfera que respiramos, y sería tan imposible suprimirlo como recorrer el mundo en que vivimos sin reconocer en él su palabra que lo formó y sus virtudes de que se halla impregnado. En suma, extírpese del seno de la humanidad á Jesucristo con la serie de patriarcas, profetas y acontecimientos figurativos que le precedieron; con el cortejo de santos, virtudes y transformaciones sociales que le siguen, y solo se logrará abrir en la historia y en el mundo moral una especie de abismo, ante el cual retrocederá espantada la razón.

La vida inextinguible de Jesucristo entre los

hombres, convierte no solo en locura sino en crimen todas esas obras de erudicion perniciosa y discutible, destinadas á arrebatarnos á nuestro Cristo, so pretexto de nuevos descubrimientos históricos. Nada han descubierto esos pretendidos exploradores, que no lo haya la Iglesia conocido antes que ellos, y á lo cual no haya contestado: y no existe, sobre todo, descubrimiento alguno que pueda prevalecer contra esta intensa presuncion: Hace diez y ocho siglos que Jesucristo se halla en posesion de las adoraciones del universo civilizado; ahora bien, ¿tienen algunos soñadores motivo alguno para pretender que lo conoaen más á fondo, que los doce Apóstoles que por el vertieron su sangre? ¿Pueden algunas sutilezas filológicas, y algunas suposiciones gratuitas tener fuerza suficiente para destruir el testimonio de los evangelistas, la deposicion de los mártires, las demostraciones de los doctores, la autoridad de los concilios y de los santos, y la unanimidad de tantos siglos comprometidos en nuestro acto de fe? No tienen porqué acariciar semejante presuntuosa esperanza: nada ha cambiado en las afecciones del mundo cristiano desde la celebracion del concilio de Nicea, en el cual los Obispos que habian sufrido el martirio en defensa de la fé, se tapaban los

oídos para no oír las innovaciones introducidas por Arrio; ni con posterioridad al concilio de Efeso, despues del cual el pueblo cubria de flores el camino que debian recorrer los Padres que declararon á la Madre de Jesus, Madre de Dios. El buen sentido no puede vacilar entre Dios hecho hombre, y aquellos que creen únicamente en sus propias concepciones; podrá si se quiere dejarse sorprender por los que no se dan punto de reposo en la tarea de sobornar: mas vuelto en su acuerdo convertiráse de nuevo á Cristo más amante que nunca, diciéndole: *¿Señor, á quién iremos? Tú tienes palabra de vida eterna* (1).

Hé ahí pues dos vidas en Jesucristo: la una anterior á su cuna, la otra posterior á su tumba, con la circunstancia de que ambas son exclusivamente tuyas. ¿Qué podemos deducir de ese destino tan extraordinariamente excepcional? Que Jesucristo es el único mortal viviente siempre sobre la tierra. Prerogativa semejante sobrepesa en muchos puntos á la mayor grandeza que del hombre se puede concebir para que no deba considerarse sobrehumana. La iglesia can-

(1) S. Juan, 6, 69.

ta pues una veáadera apología, cuando hace del nombre de Jesus el siguiente elogio de que solo un Dios es merecedor: A Vos que vivis y reinais en los siglos de los siglos.

II.

Y del mismo modo que en su duracion, ¿no lo es tambien en su sabiduria? Para juzgarlo debidamente, es indispensable que coloquemos una al lado de otra, la medida de la sabiduria del hombre, y la medida de la sabiduria de Jesus. De la diferencia podremos sacar nuestra prueba porque entre el punto extremo de la primera y el punto inicial de la segunda existe una distancia que el espíritu humano puede apreciar con harta dificultad; pero que por más que haga no puede traspasar.

Desde luego tenemos que la sabiduria de Jesus es sobrehumana por su originalidad. Fijese la atencion en todos los sábios que han proporcionado revelaciones á la tierra, y se verá que

por una especie de germinacion gradual surgen del suelo en el cual han nacido. Tómese un hombre de génio cualquiera, y la historia os designará á los maestros, los libros y los acontecimientos en que se ha aleccionado. Sea por ejemplo Mahoma, y podrá observarse que fué más bien que un inventor un compilador, puesto que su religion no es más que una impura mescolanza de la Biblia con el sensualismo de Epicuro. Bouddha era un personaje extraordinario más bien que un creador, porque procede de antepasados conocidos, y su excesivo ascetismo, era muy del gusto y formaba parte de muchas sectas religiosas del extremo Oriente. En cambio ¿donde está, cual es el libro generador del Evangelio? ¿Quién es el maestro que ha formado á Jesus? ¿Cuáles los sucesos históricos que determinaron su generacion? ¿Quién puede referir la geneologia de esa sabiduria? *Generationem ejus qui enarrabit* (1.) Nadie. Jesucristo es el único sábio que no tiene parecido. Y esto consiste en que no obstante haberse predicho su advenimiento, al aparecer en la tierra, nadie acertó á conocerle. Unico maestro sin ascendientes inte-

(1) Act. 13.

lectuales, su fisonomía tiene algo de imprevisto por lo mismo que no habia precedido transición alguna que lo preparara, y por más que hubiesen hecho los hombres no habrían conseguido imaginarlo tal cual era, porque aún cuando lo esperaban, esperaban muy distinto. Ninguno de los mesías que el rabinismo concibiera fuera de la inspiración profética, tenía fuerzas suficientes para hacerlo presentir, y esto explica perfectamente el que su advenimiento haya sido una esperanza de cuatro mil años, y su aparición constituye una verdadera sorpresa.

Por lo demás, el espíritu humano, en general, más bien aún que el judaismo, veíase constreñido á realizar semejante concepción. Un Cristo mero producto filosófico, habria ostentado los caracteres del país en que se imaginara. El camellero de la Meca, es árabe de pura raza; como indio y nada más que indio el reformador de Kapilavastou. Jesús, lo mismo en su persona que en su sabiduría, revela un ideal de perfección que es de todos los tiempos y de todos los países. Y en verdad que, teniendo esto en cuenta, no puede concebirse la extraña aberración de la exégesis enemiga, que tiene valor y osadía para echarle en cara el no haber sabido el griego. De seguro no debía desconocerlo, cuando

tan bien y con tanta facilidad supo enseñárselo á sus Apóstoles; pero entraba en sus planes no parecer como Hebreo, ni como Griego, es decir, no afectar carácter alguno local, y sí hacerse, en lo que á la inteligencia se refiere, compatriota de todos los hombres, y ciudadano de todos los países. De esta suerte, Cristo tiene nacionalidad y antepasados, más no su doctrina. Judío de nacimiento, su sabiduría es cosmopolita. Ahora bien, una sabiduría que de tal modo pertenece á la humanidad entera, que no ha echado sus raíces en determinado punto de la tierra, debe de haber nacido de sí misma, y todo lo que procede de sí mismo, es decir, todo lo increado, es divino.

Y todavía se reconoce la divinidad de esta sabiduría en su infalibilidad. Confesamos con toda ingenuidad, que la sonrisa asoma involuntariamente á nuestros labios cuando pasamos en revista las quimeras y las fantasías que han mezclado con sus sistemas los génius más profundos desprovistos de fé. Hasta los mismos doctores cristianos han dejado escapar notas discordantes en los grandes conciertos de la verdad; y por esto el sentido moral se extremece al considerar lo que sería del mundo si se humillaba ante la infalibilidad de Zoroastro, de Confucio, ó

del gran Lama. En cambio, ¿quién es capaz de señalar el lado débil del génio de Jesucristo? ¿Cuál la página de su Evangelio que haya pasado á la categoría de las especulaciones desdeñadas? La verdad es que Jesucristo es el árbitro hasta de aquellos que no le adoran, y tanto es así, que muchos que no lo aceptan como Dios, reconocen la infalibilidad de su sabiduría, con lo cual, sin darse cuenta de ello, reconocen implícitamente su divinidad. De manera, que los pensadores contemporáneos que han declarado al Verbo hecho carne, inferior á Marco-Aurelio y al dulcísimo Spinoza, llevan la penitencia en la extravagancia de su propia blasfemia. «Jesus es único en todo, y nada, absolutamente nada puede comparársele. Mucho tiempo habrá transcurrido desde que deje de prestarse fé al milagro físico, y Jesus continuará siendo un milagro psicológico. No será posible comprender que el contemporáneo de Hillel y de Schammai sea su hermano segun el espíritu, y que la misma sàvia haya producido paralelamente el Talmud y el Evangelio, el monumento más singular de la aberracion intelectual, y la creacion más elevada del sentido moral (1).» Tan

(1) Renan, *Historiadores críticos de Jesus*.

cierto es que el espíritu humano hace actos de fé, siquiera involuntarios, hasta en ciertas blasfemias, y que ni aun negando á Jesucristo puede tratársele como de potencia á potencia.

¿Y esta sabiduría que no desfallece, ganaria en seguridad, aumentando en timidez? En manera alguna: pues posee lo infinito de la aberracion. De ella ha podido decirse que es la única continuamente sublime. Y téngase en cuenta que lo sublime es uno de esos hechos mágicos, á los cuales ni aun el génio puede alcanzar con frecuencia. Los trasportes que experimenta cuando lo ha conseguido revelan elocuentemente que sufre una violencia que viene de lo alto, y cuando desciende, confuso, sorprendido como San Pablo, al bajar del tercer cielo, vése obligado á preguntarse: ¿era yo ó era otro el que hablaba? Lo ignoro; enagenado cuando tales sucesos se realizaron, no puedo decir lo que sucedió. Sólo Jesucristo ha sido siempre sublime, con la circunstancia de que lo ha sido sin salir de sí mismo. No ha de realizar esfuerzo alguno para alcanzar las mayores alturas, porque esas alturas constituyen la medida ordinaria. Para convenirse de ello, basta con fijarse en la naturalidad de sus discursos, aun en aquellos en que trata los asuntos más superiores á la naturaleza. Ha-

bla por ejemplo, de la Trinidad, y lo hace en los mismos términos con que un simple mortal hablaría de su familia: ocúpase del paraíso, y no parece sino que trata de su propia casa. Su ciencia no es ni aprendida ni inspirada, puesto que ni se distingue en ella el esfuerzo de un trabajo personal, ni el reflejo de una iluminación exterior. Por poco que se observe, puede comprenderse que esta ciencia no es más que su propio pensamiento, nacido en el secreto que revela, y que constituye el sol y no el rayo de la luz que difunde. Esto explica el por qué el espíritu que se llega á cansar de las obras mas perfectas realizadas por el hombre encuentra siempre nuevos motivos de delectación en las páginas del Evangelio. Comprendo que Napoleón reconociera en esa palabra tranquila y profunda, como en lo infinito de los espacios celestes, un reflejo de la divina inmensidad. Si, podemos sumergirnos incesantemente en esas lejanas profundidades sin alcanzar jamás al fondo, y ante la majestad de las Escrituras, lo mismo que ante la de la creación, el espíritu reconoce lo divino por la admiración siempre inagotable que le inspira.

Esta sabiduría acostumbrada á volar por las celestes regiones, podría ocultarse á las miradas

de los ignorantes? Como el sol de que acabo de hacer mención, lo mismo dora las más encumbradas cimas de la cordillera más elevada, que penetra en los repliegues más escondidos del valle más profundo. ¡Yo os aseguro que Jesús así sabia captivar la atención de los pequenuelos como la de los irfuadados miembros de la Sinagoga; que así se apoderaba del corazón de las pobres mujeres del pueblo cuyo orador era, como del de los sábios de Israel! En general, los grandes espíritus no se dejan comprender del vulgo de las gentes: pierden en claridad cuanto ganan en profundidad, y solo logran insinuarse á la cabeza, en perjuicio del corazón; pero Jesús ha sido á la vez el orador más elevado y el más popular. Poseía el secreto de ser sencillo en Galilea, dirigiéndose á los aldeanos de las riberas de Tiberíade, y apologista, bajo los pórticos del templo, centro de la controversia rabínica. Cuando enseña, no hay hombre alguno que no reconozca á su Maestro, ora proceda aquel de las Piel-Rojas del alto Canadá, ora viva en medio del refinamiento de la más perfecta civilización. Cuando él habla, quien lo oye se siente fascinado, lo mismo si en él domina la inteligencia más elevada, que si se mueve solo á impulsos de la más exquisita sensibilidad.

Recordemos si nó su retórica tan descuidada como infiel á las tradiciones establecidas. El se afirma; pero jamás se prueba. En su Evangelio no se halla un solo silogismo, y no obstante penetra en las convicciones del mundo, como en sus pueblos, es decir, sin armas, porque se halla revestido de una fuerza tal, que le pone á cubierto de todo temor y le asegura respecto á la necesidad de tener que dar golpe alguno. N una vez siquiera ensayó la demostracion de su divinidad que nos ocupa en este instante; y en verdad que no tenia por qué tomarse semejante trabajo, porque el sentimiento público no se engaña jamás, y el corazon de los pobres iluminado por el amor inflúa para que á su paso se dijera: Nó, no es así, como hablan los hombres. *Numquam sic locutus est homo* [1].

No vaya á creerse, sin embargo, que Jesus dejara siempre á la lógica del corazon el trabajo de deducir esa consecuencia; pues no trascurre mucho tiempo sin que llame en su auxilio lo infinito de su presencia, y le ordene que brille en su palabra para certificarla. Al presente, ¡oh, Dios mio! acudiré á vuestras revelaciones, y me

(1) S. Juan, 7-46.

pondré al alcance de vuestra mirada, procurando escrutar aquello que no ha sido aun! Hé ahí un don que no pueden reivindicar en su favor, ni el profeta de la Arabia, ni el famoso Sidartha. Recórrase el Corán ó el *Loto de la buena ley*, y por más que se haga no podrá encontrarse cosa alguna que siquiera de muy léjos se parezca á las siguientes profecías tomadas al azar entre otras cien que podrian citarse.

Entónces Jesus dijo á sus Apóstoles: *Subimos á Jerusalem; aquí se me escupirá al rostro, será azotado y crucificado; mas no temáis, pues resucitaré al tercer dia.* Entónces Jesus dijo á S. Pedro: *En verdad te digo que me negarás tres veces en esta misma noche antes que cante el gallo.* Entónces dijo de la Magdalena: *Donde quiera que sea predicado el Evangelio será celebrado en memoria mia lo que ella ha hecho hoy.* Y cuando en Paris se discurre por delante del templo que lleva el nombre de la Pecadora, y se la contempla esculpida en el fronton del edificio, puesta de hinojos ante Jesus, en tanto que el mundo se postra delante de ella; se comprende el respeto debido á la palabra de nuestro Señor, merced á las vicisitudes de lo porvenir. Entónces, en fin, Jesus predijo á la infiel Jerusalem el espectáculo de sus moradas desier-

tas, las madres maldiciendo de su fecundidad; sometida á la espada vencedora de Tito, y por último la hace asistir, viva aún, si así cabe decirlo, al trance desgarrador en que había de exhalar su postrer suspiro, y la llora con tal fidelidad de prevision, que la negación para declinar la autoridad de esta profecía, no puede menos que juzgarla interpolación calcada en la narración del suceso ya realizado, siendo así que el suceso se realizó al pié de la letra del modo como la profecía lo había anunciado.

Si, cuando Jesús interpela los acontecimientos ocultos, jamás le contradicen: cuando apela á lo porvenir en apoyo de su palabra, jamás deja el porvenir que sus palabras resulten falsas. Y téngase en cuenta que al paso que los otros se llaman los profetas de Dios, este declara que es el Dios de los Profetas: de donde resulta, que ya que no sea Dios, es un personaje inexplicable, de manera que distan mucho de estar en lo cierto los que juzgan más sencillo honrarle como un sábio, incomprensible al buen sentido, que como un Dios inexplicable por la simple razón.

Pero mucho más todavía que por su prescencia de Profeta, Jesús es sobrehumano por su

prevision de conquistador. Contemplemos por un momento á ese nuevo invasor que aspira nada ménos que al dominio universal; penetremos en el santuario de sus consejos y tomemos acta de sus vastísimos planes. En casos tales un simple mortal se rodea de generales probados en las lides, derrama con gran profusión las proclamas más seductoras, y antes de descargar el primer golpe, procura por todos los medios ganarse las voluntades. Esto hecho, inclínase sobre un mapa y señala las fronteras que de debe borrar y los imperios que aspira á reducir. Despues, arrebatado en las alas de la fantasía, lanza cuerpos de ejército en la dirección que más bien cuadra á sus planes ambiciosos; debela las comarcas; reduce á polvo los pueblos que rechazan la proposición de someterse, y cuando ha conseguido clavar su planta de manera que domine desde el Septentrion hasta el Mediodía, contéplase en el apogeo de su fortuna y juzga satisfechas sus ambiciones todas. En una palabra: todo conquistador excogita medios proporcionados al fin que se propone realizar. Boudha, por ejemplo, con todo y descender de sangre real, solo ha dominado los pueblos cuando ha sometido sus reyes; y por lo que á Mahoma se refiere, de seguro no habría logrado reunir

un centenar de creyentes sin el concurso de la cimitarra y las seducciones de la poligamia: solo Jesucristo llevó á cabo sus conquistas y previó que las llevaria á cabo, marchando al encuentro de todas las ideas recibidas, y de todas las pasiones desencadenadas.

Fijese en ello la atencion: El no dijo jamás esgrimiré la espada de los antiguos reyes de Judá mis primogénitos, con objeto de sostener una moral fácil, enseñanzas populares, ó preocupaciones nacionales, sino que manifestó que se veria pobre, y despreciado y calumniado y azotado. ¿Y despues? Despues de esto con el cuerpo inundado en sangre, y la cruz á cuestas, me presentaré á la faz del siglo de Tiberio y de Nerón, y exclamaré: Hé ahí al hombre, y ese siglo me matará. ¿Y despues? Despues elegiré como herederos míos á doce pobres pescadores, que hablarán, sufrirán y morirán á su vez. ¿Y despues? Despues suscitaré otros muchos que hablarán y morirán del propio modo, y con tal que durante tres siglos no me falte sangre para recrear los ocios de los Césares, ni elocuentes ejemplos que parangonar con la lujuria pagana, mis fines se habrán realizado y el mundo es mio.

Y bien; ¿que decís de esto? No es verdad que semejante propósito carece de sentido comun?

Indudablemente, puesto que se halla muy por encima de todo lo imaginable. Humanamente hablando es un verdadero absurdo; mas precisamente por este motivo su realizacion prevista le comunica el carácter divino. No se me oculta, que por lo mismo que hemos visto constantemente realizado semejante plan, hemos concluido por juzgarlo la cosa mas natural, mas tóngase en cuenta que para comprenderlo debidamente, la razon necesita hacer un gran esfuerzo, y como Jesus comprendió anticipadamente la existencia de tales efectos como resultantes de esas causas, hemos de convenir en que no pudo ser en virtud de una intuicion humana; puesto que la humana prevision debia esperar todo lo contrario.

Atrás pues las sabidurías rivales de esta. Desafia á todas las revelaciones que han fijado la admiracion de los hombres, y no hay una sola que pueda igualársele. Desprecio y compasion especialmente, por la ficcion pueril del islamismo, segun la cual los ángeles entregaron al fundador de la Hegira una vitela azul y una pluma de diamante con que escribir en ella el Coran. La única ley digna de ser escrita por la mano de los ángeles, porque es un Dios quien la ha dictado, es la ley de Cristo. Siendo como es so-

brehumana en su originalidad, en su infalibilidad, en su elevacion, en su sencillez, en su prescencia, no cabe más medio que ó negar todas las leyes de la analogía, ó adorar en Jesus la sabiduría divina. Y no se crea que la que acabamos de plantear sea una conclusion meramente metafórica: cuando en el pedestal de Platon, de Mozart ó de santo Tomás esculpimos el título de *divino*, incurrimos en una hipérbole, hija de nuestra laudatoria admiracion; pero cuando decimos el *Divino Maestro*, la alabanza deja de ser una figura, y el epíteto no es más que la expresion adecuada del sustantivo, porque Dios y Jesus son dos sinónimos que se asocian por la completa identidad de su significacion.

III.

Del propio modo que la suprema sabiduría, el supremo poder, atestigua en la accion del hombre una fuerza divina. Y no se pretenda salirme al paso oponiéndome la objecion tantas

veces rebatida, de que toda religion tiene sus milagros y de que cada fundador ha hecho los suyos. Semejante asercion resulta falsa pues precisamente el esplendor y la autenticidad de los milagros de Jesucristo es lo que le distingue de los demás fundadores, hasta tal punto, que jamás el buen sentido ha colocado taumaturgo alguno al lado de Jesus. En cambio resulta cierta si se considera que además del poder de Dios existe un poder superior al del hombre, que es el poder del demonio, y del cual este se vale algunas veces para acreditar sus obras. Negar pues esas dos especies de manifestaciones sobrenaturales, es negar á sabiendas la evidencia, y cerrar los ojos á los testimonios de la historia. Pues bien, coloquemos en frente de los milagros de Jesus los resultantes de la influencia diabólica, y los del laboratorio científico, y sepamos si en la tierra ó en el infierno, existe fuerza alguna capaz de equipararse á la omnipotencia divina.

Tres especies de soberanía ha ejercido Jesucristo en la tierra, en cada una de las cuales se ha medido con los poderes del orden natural y del orden sobrenatural, con los cuales se le objeto, dejándolos á todos á muchísima distancia. Por ejemplo, el génio médico lucha con éxito

con la enfermedad y con la muerte: comparémos sin embargo su obra con la de Jesucristo y demostraremos las diferencias. La ciencia ha necesitado un mes para curar una enfermedad, como haya llegado á revestir la forma crónica; hé ahí al hombre. Jesus le dice á un paralítico que hacía treinta años se hallaba en este estado: "Levántate," y el paralítico toma su lecho á cuestras y se marcha por su pié como si tal cosa: hé ahí á Dios. A lo más á que ha podido llegar la ciencia respecto del cadáver ha sido á imprimirle, por medio del galvanismo, una contracción pasajera ó un movimiento aparente; ó á retardar la descomposición echando mano de tiras de lienzo y de substancias aromáticas: hé ahí el hombre. Jesus dice á un hombre que hacia cuatro días estaba muerto: "Sal de la tumba," y es obedecido: hé ahí á Dios. Ahora bien, ¿dónde está el magnetismo que puede parangonarse con la obra de Jesucristo? Si existe, que extienda su mano sobre la piedra de los sepulcros, que nos muestre su Lázaro y creéremos en él.

Los físicos y los naturalistas, por su parte, han alcanzado gran dominio sobre la materia inorgánica; pero por más que hagan siempre quedarán muy por debajo de Jesucristo. Explican las sustancias sin cambiarlas; clasifican los

fenómenos sin modificarlos; demuestran las leyes sin poderlas dominar; hé ahí al hombre. Mas así como el Padre celestial ha producido las substancias, el Hijo las reproduce en Canaan; así como el Padre dijo: *Sea hecha la luz. Y la luz quedó hecha* [1], el Hijo dijo á los ojos de los ciegos: *Epheta, y se abrieron á los resplandores del día: así como el Padre infundió vida á la materia, el Hijo hizo otro tanto en tres resurrecciones igualmente célebres; y así como el Padre ha decretado las leyes de la naturaleza, el Hijo las suspende á cada momento: hé ahí á Dios. Hay más aun: para que no sea puesto en duda el poder sobrenatural de Jesus, trasmítelo á su iglesia, la cual realiza idénticas maravillas en virtud de aquellas palabras: *Quien cree en mí, ése hará también las mismas obras que yo hago, y las hará todavía mayores* (2).*

Después de haber impreso el sello de su poder á la materia física, Jesus ha querido imprimirlo también en la naturaleza moral. Contemplemos, bajo este nuevo aspecto, las obras del hombre y las obras de Dios. Los filósofos, que forman y transforman la humanidad, dice Vol-

(1) Gen. 1, 3

(2) S. Juan, 14-12.

taire, jamás han logrado ejercer su influencia en las costumbres de la calle en que moraban. Voltaire no estaba en lo cierto al expresarse en tales términos: los filósofos no han conseguido dominar á sus vecinos en cuanto con el bien tenia relacion; pero han ejercido influencia sobre el mundo entero en lo referente al mal: hé ahí al hombre. Jesus, en cambio, pronuncia algunas palabras sobre el alma de la humanidad, y hace brotar novedades tan sorprendentes como la fecundacion de la nada: hé ahí á Dios. De la misma manera que, en un principio, cada una de las palabras del Verbo creador suscitaba nuevos globos á la vida; cada una de las palabras del Verbo redentor constituye un *fiat* omnipotenté que realiza prodigios más grandes aún. Espectáculo sublime debió ser sin duda alguna el de los mundos surgiendo de la nada á la voz del Creador, y marchando á ocupar en el espacio el lugar señalado á las órbitas dentro de las cuales gravitan; pero, con todo esto, no fué ménos solemne en el tiempo, el instante en que las virtudes cristianas brotando de la palabra divina, aparecieron sobre las superficies de la tierra, y la Iglesia, con sus miriadas de predestinados, salió del costado herido de Jesus. Entonces el Maestro dijo: *Vende cuanto tie-*

nes y dáselo á los pobres (1); y mediante tales palabras, sembraba innumerables cenobitas en lo porvenir. El Maestro añade: *No tengais miedo de los que matan al cuerpo* (2); y con tales palabras, engendrâbanse infinidad de mártires. Por último, el Maestro dijo: *Ama á tu prójimo como à tí mismo* (3), y los monumentos, los héroes, los tesoros, las invenciones de la caridad, nacen de la virtud oculta en este gran mandamiento. De manera, que así como Jesus, taumaturgo del orden físico, actuó solamente durante algunos años, como taumaturgo del orden moral no descansa nunca: en tanto que la creacion material duró únicamente seis dias, la creacion espiritual es incesante, y cuando haya llegado, para la primera, la hora de la destruccion, la segunda, compuesta de nuestras virtudes, brillará con esplendor inextinguible en el firmamento de la eternidad: *Quasi stelle in perpetua eternitate* (4).

Por último, Jesus ha ejercido su soberanía sobre un fondo más resistente que la naturale-

(1) San Mat. 19, 21.

(2) San Luc. 12, 4.

(3) San Mat. 10, 19.

(4) Luc., 12 18.

za física y la naturaleza moral, pues ha obrado sobre los acontecimientos venideros, ó los futuros contingentes. Ya hemos dicho que para preverlos es indispensable la ciencia de un Dios, mas tambien es precisa la potencia de un Dios para trabajarlos y dirigirlos en sentido opuesto á sus naturales corrientes. Ahora bien, medítase con la debida detencion ese gran milagro de Jesucristo fundador. Bouddha fué solo un conquistador feliz, gracias á haber puesto de su parte los reyes y las pasiones; Mahoma logró imponerse porque al paso que con una mano mostraba una ley llena de seducciones, con la otra ponía de manifesto la corva cimitarra, diciendo: cree ó muere. En suma, todo fundador ha hecho del prestigio de su gloria ó de su fuerza material el resorte, el secreto de su imperio: tal es el hombre. Jesucristo perece en un patíbulo y de la infamia de su muerte, y de la debilidad de sus medios, hace el nervio de su dominacion: hé ahí á Dios. Otro habria fiado su fortuna á prudentes combinaciones, y apoyándose por una parte en la política y por otra en los intereses; por un lado en determinados rios, por otro en tales ó cuales montañas, habria dicho: Dueño de esta posicion inexpugnable reinaré; hé ahí al hombre, Jesus le dice á un pobre pescador

desprovisto de toda instruccion: Tomarás esta cruz que constituye el padron de ignominia del esclavo, y la execracion del universo entero, y desprovisto de numerario, de calzado y hasta de báculo, te dirigirás á la capital impura donde Tiberio y Neron reciben el incienso debido á la divinidad: allá increparás al César, señor del mundo que yo te mando conquistar; allá atacarás la idolatria dominante bajo la salvaguardia de las haces imperiales y de preocupaciones envejecidas, y las destruirás, te encaminarás al Panteon donde se hallan representados los dioses de todos los pueblos y despues de haberlos derribado colocarás en su lugar á tu Crucificado de Jerusalem; y por último, á esa Roma que se juzga señora del mundo, la dirás: Yo soy tu señor; y cuando esa Roma haya hecho befa de tus palabras, y burla de tu pobre sayal, y haya derramado tu sangre, quedarán echados de tal suerte los cimientos de mi edificio, que todos los poderes del mundo serán impotentes para destrirlos, y hallaréme convertido en el mayor potentado de la tierra: hé ahí á Dios. Vosotros los que pedís milagros, ahí teneis uno que dura todavía. El cristianismo, es decir, el poder más formidable de la tierra, descansa sobre dos ignominias: una cuna, un puñado de paja extendi-

da sobre un establo; y una cruz, un patíbulo levantado en la cumbre de una montaña. La fuerza brotando de la miseria; la inmortalidad, productora de la muerte. Despues de lo dicho, puedo à justítulo preguntar: ¿se concibe que sea el autor de la naturaleza, el que así la muda y tergi-versa?

«Mahoma se estableció matando; Jesucristo «haciendo matar á los suyos. Si Mahoma ha elegido el sistema de triunfar humanamente, «Jesucristo ha elegido el de sucumbir humanamente. Y en lugar de deducir que, puesto «que Mahoma consiguió sus propósitos, nada «tiene de particular que alcanzara los suyos Jesucristo: debería decirse: que por lo mismo que «los alcanzó Mahoma el cristianismo habria debido sucumbir, à no haberle apoyado una fuerza divina (1).» Tales son las diferencias características entre el poder del hombre y el poder de Dios.

Demostrado que Cristo ha dado pruebas inequivocas de su poder divino, no sólo en lo que se refiere á la naturaleza física, sino tambien en lo que dice relacion á la moral y á los acontecimientos históricos, no se concibe que los diez

(1) Pascal - Mázimas.

tas contemporáneos se atreven à reducirle á las proporciones de hombre.

Ya sabemos que le niegan el honor de las curaciones de que da cuenta el Evangelio; más, suponiendo que respecto de este asunto estuviera de su parte la razon, equivocarianse en sus conclusiones, puesto que no es menor el poder sobrehumano que se necesita para los milagros que desconocen, que el que se ha menester para los que suprimen. Lo mismo contradice las leyes de la naturaleza la existencia de un santo que la resurrección de un hombre. De la misma manera que el rio marchando en sentido opuesto á su natural corriente, los acontecimientos que se realizan en sentido opuesto á las leyes de la historia, constituyen una derogacion de las de la naturaleza. Pues bien, para destruir á Jesucristo taumaturgo, no basta con borrar del Evangelio las curaciones maravillosas que llevó á cabo; es necesario además probar que un hombre tiene el poder indispensable para producir todos los santos y toda la santidad del cristianismo, y cambiar el mundo, sin más auxiliares que una docena de ignorantes completamente desconceptuados. Ello es fuerza convenir en que la resurrección del mundo no es ménos milagrosa que la de Lázaro.

Con todo esto, no puedo ménos que preguntar á los evangelistas segun el racionalismo, por qué razon suprimen los prodigios físicos en los actos de Jesus. ¿Consiste acaso en que semejantes hechos son incompatibles con su sistema? ¿Desde cuándo un sistema sin pruebas debe prevalecer sobre hechos perfectamente probados? Y sin embargo, la verdad es que los hechos realizados por Jesus se hallan mil veces más probados que los de Sócrates. Lo están por su evidencia histórica, toda vez que se realizaron ante los ojos del pueblo romano en el apogeo de la civilización judáica, y ejerciéndose una vigilancia desconfiada y suspicaz, en una época en que la historia distinguia tan perfectamente, en esta materia, lo verdadero de lo falso, que sepultó en el olvido los milagros de veinte mesías contemporáneos, para transmitir à la inmortalidad los obrados por Jesus. Esos hechos están probados por la confesion implícita de testigos interesados en negarlos, puesto que los Judíos, movidos por pasiones implacables y por obstinadas preocupaciones, han acusado á Jesus de satanismo; pero en manera alguna de jugarla. Lo son por el sentido comun crítico, porque los milagros del Evangelio tienen el mismo grado de verdad histórica que su doctrina; y admitir

esta para rechazar aquellos, es una contradiccion destituida de juicio: honrar una verdad moral que se presenta bajo la salvaguardia de las mayores ficciones que hayan servido para embaucar al mundo, no es en manera alguna eclectismo, es pura supersticion. Lo son por la afirmacion de testigos oculares que han muerto para confesarlos. Nieguen cuanto se quiera los milagros; pero, jamás podrá negarse que los Apóstoles y los discípulos hayan vertido su sangre para confesar que fueron testigos de ellos. Y téngase en cuenta que esos hombres no estaban locos, toda vez que su obra es sublime; no eran hipócritas, puesto que se hicieron matar por su fé; no eran visionarios, por lo mismo que los habian visto con sus ojos y tocado con sus manos. Ahora bien: tened entendido, que si rehusais aceptar su creencia, no podeis ménos que creer en cosas mucho más extraordinarias.

Tendréis que creer por ejemplo, que el Evangelio, es decir el libro mas bello y mas perfecto que se conoce, ha sido compuesto por cuatro hombres sin talento y sin honor: que este universo, que no pudieron conquistar ni un Alejandro ni un César, lograron conquistarlo doce oscuros soñadores: que esos soñadores, sin que mediara para ellos interés alguno, ántes bien en

contra de su propio interes, han hecho de su muerte una mentira colectiva en provecho de un hombre despreciable; puesto que si no son milagros los que hizo, deben considerarse verdaderas farsas. La verdad es que supuesto que Jesucristo no haya sido taumaturgo durante su vida, seria este un milagro de ultratumba, de todo punto irrecusable.

Todavía podemos añadir que semejantes prodigios se hallan además probados por el número y por la calidad de adeptos que inmediatamente han subyugado. Los sabios y el pueblo, las ilustraciones intelectuales de los primeros siglos, como las Vírgenes de Roma y los libertos de la casa de los Césares, han creído en ellos de la propia suerte. Las persecuciones constituyen un combate de cuatrocientos años dado en este terreno, precisamente en una época en que la proximidad de los tiempos y de los lugares, hacia mas fácil la comprobacion. Y sin embargo, para sostener los grandes milagros de la divinidad y la resurreccion de Jesucristo; presentáronse siempre mas campeones de los que pudo sacrificar la tiranía romana, Esto sentado, ¿con qué derecho se viene, desde las profundidades de lo porvenir, y mediando el lapso de dos mil años, con qué derecho, repito, se viene á decir á San

Juan, á S. Policarpo, á Atenágoras, á Arnobio á S. Epifanio, á S. Justino, á Clemente de Alejandria, en suma, á todos los Apóstoles y á todos los Mártires, á todos los testigos oculares y á todos los contemporáneos, ú os engañaisteis, ó bien habeis engañado? Cuando se han suprimido los milagros del Evangelio, todavía queda por explicar la manera como tantos hombres eminentes por su saber y por su virtud, que han podido verlos y juzgaalos de cerca, han creído en ellos. De manera que como siempre, tenemos los milagros de la negacion, ocupando el lugar de los de la fé; pero sin destruirlos. Milagro por milagro, se ha dicho, prefiero el que deroga por la voluntad divina una ley del mundo fisico, al que por consecuencia de la locura humana, destruye una ley del mundo moral.

IV.

Del mismo modo que la duracion, la sabiduría y el poder, la santidad constituye en Jesus una grandeza por la cual sobrepaja igualmente